

## El uso de la entrevista en la historia oral\*

Alessandro Portelli

En 1994, durante la convención de Arezzo llamado "In memory", sobre los estragos nazis en Europa, escuché por primera vez hablar de la masacre de San Pancrazio y Civitella, en Toscana, cerca de Arezzo.<sup>1</sup> La derecha había ganado las elecciones, y la izquierda estaba convencida de que las habían ganado porque había razones. Se atravesaba un período de grave crisis de legitimación por parte de los intelectuales de izquierda democráticos, antifascistas. Aquello que encontré sorprendente, fue la impresión —más bien el escándalo epistemológico, por citar al antropólogo Pietro Clemente— con el cual mis colegas historiadores y antropólogos descubrimos que la gente de Civitella antes que a los nazis, culpaba a los partisanos, y tomaban por buena esta memoria. Estaba impactado porque relatos de este género los había escuchado durante toda la vida: casi ninguno pudo estar exento de la memoria antipartisanas, y en particular, mi pensamiento corrió hacia los relatos que flotaban en la atmósfera acerca de la responsabilidad de los partisanos en la masacre de las Fosas Ardeatinas en Roma, una historia que me ha obsesionado desde entonces hasta hoy.

Ahora bien, en Civitella como en Roma, el problema se situaba en dos niveles: el tema de qué cosa ha ocurrido, cómo han ocurrido las cosas; y qué cosa se ha relatado. Esta es una distinción metodológica siempre

presente en nuestro trabajo; pero de cualquier modo, debemos complejizarla un poco. En primer lugar, porque el acceso que tenemos a aquello que ocurrió es a través de narraciones, incluidas en aquellas conservadas en las fuentes escritas o de archivo —también ellas son grandes narrativas con la única diferencia que son en general escritas por personas que no conocemos, mientras que con las fuentes orales somos la fuente que tenemos delante y la conocemos personalmente. Se trata de decidir si la mejor selección es depurar las fuentes de la narratividad para arribar al nudo de los hechos, o bien, aprovechar la existencia de la narratividad y tratarla como dato ulterior, última fuente de interpretación y conocimiento del cual sacar ventaja.

Son dos modalidades, ambas legítimas según el proyecto o las circunstancias —no podemos nunca razonar en términos normativos; pero esta distinción define respectivamente aquello que llamaremos "uso de las fuentes orales en historiografía" por una parte y aquello que llamaré, para ser conciso, "historia oral" por otra; una modalidad que se centra en los aspectos específicos de la comunicación oral y el tipo de información que la oralidad privilegia— siempre teniendo en cuenta que también entre oral y escrito no existe jamás una dicotomía rígida sino un continuum que va hacia polaridades diversas. Quien haya visto el casillero político del Archivo Central del Estado o haya frecuentado un poco a Foucault sabe que también los documentos de la policía están cargados de la subjetividad de sus redactores, pero diría que la presencia de la dimensión subjetiva y narrativa es más notoria y autorizada en el discurso oral. Esto depende sobre todo del hecho que las fuentes de archivo por lo general tienen como fin la factualidad, mientras que todo discurso oral contiene un fin de expresividad.

El caso de las Fosas Ardeatinas de Roma, donde los nazis asesinaron 335 personas en "represalia" a un ataque partisano ocurrido al amanecer en la calle Rasella, es más o menos un modelo escolástico porque emergen de inmediato dos aspectos: una masacre y una narración. La narración no es una mera representación de los eventos de la historia; es ella misma un evento de la historia, es algo que las personas hacen en el transcurso del tiempo y tiene efectos sobre los comportamientos colectivos e individuales. En el caso de las Ardeatinas la materialidad de los hechos es tan clara y comprobada que ningún historiador consideró necesario ocuparse: es una historia nunca narrada de veras porque es demasiado fácil contarla. Pero esta omisión ha hecho que los relatos falsos, imaginarios y

\* Traducción: Laura Pasquali, revisión del Departamento de Idiomas Modernos, Facultad de Humanidades y Artes, UNR.

<sup>1</sup> Cfr. a cargo de Leonardo Paggi, *Storia e memoria di un massacro ordinario*, Manifestolibri, Roma, 1996.

legendarios de las narraciones de derecha circularan incontrolables: la historia de que la masacre se produjo porque los partisanos no se presentaron es una narración falsa pero hegemónica, porque una historiografía atenta sólo a la referencialidad de los hechos no se ha dignado a contrastarla, tanto que también muchos antifascistas la toman como verdadera. Sobre esto se construye después un imaginario político que luego tiene consecuencias concretas.

Ahora, después de este reconocimiento de la memoria antipartisana, he elegido ocuparme de los relatos errados de sus orígenes y sus efectos; otros, por ejemplo Paolo Pezzino respecto a las masacres de Guardistallo, han logrado ver qué ha ocurrido exactamente.<sup>2</sup> Tengo la impresión de que Pezzino, después de haber explorado al máximo las posibilidades sobre qué ha ocurrido en Guardistallo, no ha logrado, no obstante encontrar algún impacto sobre el conflicto ético y político ideológico y mítico, que está aún vigente sobre el significado de aquello que ha ocurrido y sobre su responsabilidad. Al contrario, tengo la impresión que los relatos ideológicos de Guardistallo han influido sobre Pezzino mucho más que lo que él ha influido sobre ellos. Justamente porque un acercamiento de corte positivista –absolutamente meritario, porque ahora sabemos sobre Guardistallo mucho más que antes– corre el riesgo de quedar indefenso, vulnerable, frente a la imaginación.

Sin embargo, esto implica que para entender un relato imaginario, también debemos buscar entender qué ha ocurrido. De otro modo nos arriesgamos a cometer, en vez de los errores positivistas, uno de deconstrucción ingenua: todos los relatos son equivalentes, el mundo material no existe (*il n' y a pas d' hors texte*<sup>3</sup>) y entonces todos los textos son leídos exclusivamente en términos de su propia dinámica intratextual. Naturalmente, esto es falso también en los términos de teoría literaria y narrativa, porque uno de los términos sobre el cual texto se constituye en cuanto género es el pacto que declara respecto a su mayor o menor referencialidad: una autobiografía y una novela son los dos relatos, pero la autobiografía afirma ser verídica y la novela no. Por consiguiente la autobiografía no deja de serlo cuando no dice la verdad, y la novela sigue siendo novela aún cuando relata hechos verdaderamente ocurridos, porque lo que cuenta es el pacto que establecen con el destinatario.

<sup>2</sup> Paolo Pezzino, *Anatomia di un massacro. Controversia sopra una strage tedesca*, Il Mulino, Bologna, 1997.

<sup>3</sup> En francés, en el original (Nota de la T.).

Entonces, cuando hacemos una entrevista, nos encontramos en presencia de un evento –insisto en que es un evento, porque lo creamos nosotros: la historia que recogemos no existe naturalmente pero el producto de este encuentro– extremadamente híbrido, en el cual la intención del narrador de contar las cosas como han ocurrido, instituyendo con lo histórico un pacto referencial, convive con el deseo de hablar de sí y representarse, tanto más en sujetos a los cuales les ha sido negada la posibilidad de hacerlo por motivos de clase o edad, y con la función estética, el mismo gusto de contar.

Doy un ejemplo, en el cual soy partícipe. Estoy haciendo una investigación sobre algunas experiencias salesianas con los niños de la calle en la posguerra en Roma, y entrevistando a uno de ellos surge el nombre de un sacerdote que había sido mi profesor de religión en Terni en los años '50. Se lo digo –es parte de una dimensión dialógica, en la que verás que no eres totalmente extraño al mundo de tu interlocutor. Y él confirma: sí, este sacerdote relataba las historias de cuando los muchachos del bachiller clásico de Terni jugaban a la pelota con la frente del crucifijo. Y yo –“Espera un momento, aquella era mi clase!”. Ahora, no es cierto que jugásemos a la pelota con la cabeza del crucifijo: según una versión que me fue dada recientemente por un ex compañero de escuela, el crucifijo fue golpeado accidentalmente durante el recreo por una correa tirante de esas con las que se encuadernaban los libros, y mientras caía a tierra alguien trató de pararlo con el pie mientras entraba a clase el sacerdote (es una versión sospechosa; por otra parte, las fuentes periodísticas escritas y judiciales sostienen que en el bachillerato de Terni existía un “club de la blasfemia...”). De todos modos, lo interesante no es la leyenda o el error suyo, sino el mío: porque no es verdad que era mi clase, sino que era la clase de al lado. ¿Porque he dicho instintivamente que era *mi* clase? Porque cualquier narrador quiere ponerse en el centro del relato, en el lugar donde acontece el hecho histórico. Es la misma reacción por la cual al escuchar el relato se tiene la impresión de que el 24 de marzo del '44, cuando los partisanos atacaron a los nazis en Roma en la calle Rasella, toda la población de Roma pasaba casualmente por esa calle o pasaba un familiar suyo.

Por consiguiente, hay una necesidad de presencia en la historia. Por eso la famosa pregunta “Abuelo, que has hecho en la guerra” es verdaderamente una pregunta clave de la historia oral, porque interroga la relación entre tu biografía y la historia, entre la experiencia personal y privada y la vivencia colectiva que leemos en los libros de historia. De esto

deriva también una modalidad narrativa: la centralidad del punto de vista. El evento histórico no es contado desde arriba, sino desde adentro. Doy siempre el ejemplo de un ex partisano de Terni que cuenta: “recuerdo que condujeron todas las maestranzas, entonces los llamaban maestranza, entonces los llamaban maestranzas [esto es frecuente una atención meta-lingüística] de las siderúrgicas en plaza Tacito”, a escuchar el discurso de Mussolini sobre el ingreso de Italia a la guerra. “Y la cosa que me impresionó – aquí puede haber desacuerdos, pero aquellos que estaban cerca de mí... Yo era un entusiasta de la guerra; yo era un muchachito, la aventura [...] y a mi alrededor vi, mientras sentía que en Roma se aplaudía – pero tal vez en plaza Tacito a aquellos que estaban cerca de mí los vi muy preocupados”.<sup>4</sup> Por consiguiente, pone el acento sobre su punto de vista en forma muy específica: repite tres veces “a mi alrededor”, diferente a lo que pudiera suceder en otras partes de la plaza y de lo que venía desde Roma. Y agrega una bellísima nota de iniciación personal: fue entonces, dice, que descubrí eso que llama “la seriedad obrera”.

Ahora, el punto de vista circunscripto es uno de esos procedimientos que en literatura se suele decir que han sido introducidos por Henry James o por Conrad o Ford Madox Ford, pero que son imposibles de extraer de la narración oral. He aquí entonces una triangulación de géneros (imaginario y referencial), de dimensiones historiográficas (historia de los hechos e historia de la memoria), de espacio social (dimensión pública y dimensión privada, las muchas historias oficiales y las memorias personales).

Nuevamente, un ejemplo. En estos días se recuerda en Roma el bombardeo del barrio de San Lorenzo, el 19 de julio de 1943. En San Lorenzo había un monumento, un bien cultural de la cultura popular: un gran escrito sobre el muro de un palacio bombardeado, que decía “herencia del fascismo”. Yo era fanático de esta complicidad histórica y política, por parte del barrio lesionado. Después ocurrió Kosovo, las bombas sobre Belgrado. La OTAN estaba convencida que los serbios habrían echado a Milosevic la culpa de los bombardeos y se sublevarían en su contra. Ahora, aparte de la cuestión de lo justo o no de esta guerra, hemos visto que esto no ha ocurrido: gran parte de las personas bombardeadas, aún sin ningún afecto por Milosevic, sin embargo culpaban de los bombardeos a quienes los bombardeaban. En Italia, este error de percepción ha sido sostenido también por una lectura esquemática de la memoria de cuando

<sup>4</sup> Ferruccio Mauri, cit. en Alessandro Portelli, *Biografia di una città. Storia e racconto: Terni 1830-1985*, Einaudi, Torino 1985, p. 241.

nosotros fuimos bombardeados: simplificando, la idea era que así como el pueblo italiano ha echado a los fascistas la culpa de los bombardeos de la segunda guerra mundial, del mismo modo el pueblo serbio hará culpable a su dictador Milosevic.

¿Pero es exactamente así? El problema es que la memoria de los bombardeos nos llega esencialmente a través de memorias políticamente correctas, antifascistas y filoatlánticas. Pero cuando hablo con Michele Bolgia, cuyo padre fue asesinado por los nazis en las Fosas Ardeatinas y la madre ametrallada en la calle por los aliados en Prenestino, y le pregunto “tú con quien te las tomas”, él responde “con los dos”. Pienso en la partisana Lucia Ottobrini, que recuerda la ayuda de los aliados pero recuerda haberlos “odiado” cuando los veía despedazar a los refugiados y desalojados a lo largo de Prenestina.<sup>5</sup>

Aquí, la clave la dan, otra vez, los relatos falsos. Existe un libro de Cesare De Simone, *Venti angeli sopra Roma*, que es un libro muy bello y pormenorizado sobre los bombardeos de Roma, pero que está enteramente dentro de la memoria políticamente correcta.<sup>6</sup> Hay una sola desviación, que él mismo no sabe interpretar: la historia que cuenta, sin analizarla, según la cual en San Lorenzo se relataba que un piloto negro americano, sin saberlo, había golpeado una escuela, y cuando lo supo murió de un disgusto. La historia es poco atendible – los pilotos negros de bombarderos eran pocos (aún si tengo el “testimonio” de uno que desde la cima del Gianicolo vió pasar el bombardero y vió claramente que los pilotos eran “negros”). ¿Pero qué significa el hecho de que sea relatada?

Significa: si los aliados supieran verdaderamente lo que han hecho, se les rompería el corazón. Que sean buenos o no, han hecho cosas para romper el corazón. ¿Qué tiene que ver el piloto negro?, mi primera lectura, de estudioso políticamente correcto de las cuestiones afroamericanas, fue esta: porque el negro es considerado más humano. A mi pesar, no significa sólo esto, al menos no para todos: para otros significa también, ay de mí, “han enviado los salvajes a bombardearnos”. Y se vincula con la otra gran narración, que es la de la violencia sexual ejercida por las tropas marroquíes que combatieron en Casisno con los aliados. Esta narración está “legitimada” por el hecho de que, aún estando de parte de los “buenos”, de los “nuestros”, los marroquíes son africanos y por eso se

<sup>5</sup> Ver mi *L'ordine è già stato eseguito. Roma, le Fosse Ardeatine, la memoria*, Donzelli, Roma 1999, pp. 116-17.

<sup>6</sup> Cesare De Simone, *Venti angeli sopra Roma*, Mursia, Milano, 1993.

les puede atribuir crímenes de guerra, mientras que no es posible atribuir esos crímenes a los americanos y a los ingleses. Así, entramos en las condiciones políticas de la posguerra: la izquierda no se desquita con los aliados además porque quiere justamente destacar la responsabilidad de los fascistas; la Democracia Cristiana no lo puede hacer porque son nuestros aliados de la OTAN (pronto sepultará por la misma razón los procesos a los nazis).

Emerge una extraordinaria dificultad para articular el relato: cuando entrevistaba sobre los bombardeos en Terni, entonces ciudad roja, golpeada muy duramente, la gente maldecía contra los fascistas culpándolos de su luto familiar y de las destrucciones sufridas, pero cuando con aire inocente preguntaba quién los bombardeaba, las personas comenzaban, literalmente, a tartamudear. Era verdaderamente, una situación de afasia: había algo que no se lograba decir.<sup>7</sup>

Lo digo para destacar que cuando hablamos de memoria dividida –desde mi abordaje hasta el de Pezzino, a un acercamiento que los contempla a ambos como aquel de Giovanni Contini<sup>8</sup>– hablamos de algo que no está dividido sólo *entre* las personas, entre memoria anti-fascista y memoria anti anti-fascista sino una división que ocurre *dentro* de las personas, en este caso, entre las razones históricas que echan la culpa a Mussolini y la experiencia directa que se recuerda, pero no puede decirse quien era el que apretaba el gatillo. Nadie que no sea enteramente ideológico logra separar las razones de una memoria de las de otra. De este modo, está fuertemente dividida también la memoria de al menos algunos de los partisanos de la calle Rasella: están firmemente convencidos de haber hecho bien, pero sufren muchísimo pensando en las personas asesinadas en las Ardeatinas.

Este es un signo de la gran riqueza de estas fuentes, que nos restituyen sobre el plano lingüístico y narrativo –aquel plano que la historiografía positivista quisiera quitar del medio para ir a los hechos– la dimensión de la contradicción, de la tolerancia, de la complejidad, de la búsqueda de sentido. Cesare Bermani nos recordaba que las entrevistas son documentos del presente, no del pasado: del 2000, no del '44, y entonces hablamos de esta relación, de qué significa el '44 en el 2000.

Esto no quiere decir que las fuentes “contemporáneas” son más objetivas. Desde el momento en que en las fuentes orales hay una distancia

temporal (han pasado cincuenta años), a menudo en las fuentes contemporáneas hay una distancia espacial o social (no están escritas por personas que estaban dentro de la plaza de Terni, o que estaban *en tanto* obreros). Un ejemplo *clamoroso* es el de Aurelio Lepre, que escribió un libro sobre la calle Rasella basándose en las llamadas telefónicas interceptadas, hechas inmediatamente después, y afirma que estas dicen la verdad sobre el estado de ánimo de los romanos porque se trata de una fuente contemporánea (en las llamadas se consentía la masacre de los Ardeatinos y se culpaba a los partisanos).<sup>9</sup> El hecho que fuera telefónico –o sea, que fuese el estado de ánimo del pequeño porcentaje de romanos que tenía teléfono; que fuesen seleccionadas por quienes se sentaban a la mesa de discusión con Mussolini; que fuesen de algún modo voces de gente que sabían perfectamente que los teléfonos estaban intervenidos– todo esto lo debilita muchísimo: no es que no sean documentos verdaderos, sino que son documentos que dan sólo una representación parcial de un fragmento de la ciudad. Tanto es así que, siendo historiador y no lingüista, Lepre no advierte que algunos de esos discursos parecen dirigirse directamente al censor que está escuchando.

Entonces, no es que las llamadas de Lepre no sean documentos verdaderos; sino que son documentos que señalan una triple distancia: entre la ubicación social del que habla y el contexto de la resistencia, y entre aquello que el que habla tiene en mente y lo que sabe que debe decir; entre lo que fue registrado en su conjunto y lo que se presentó a Mussolini. Es un fragmento de verdad mediada, no desestimable, pero es cambiada por una verdad auténtica. Del mismo modo, delante de las distorsiones, de las omisiones, de los olvidos de la memoria, debemos ya sea continuar sirviéndonos para reencontrar el núcleo factual creíble, ya sea trabajar sobre las mediaciones porque es allí que se ubica el relato entre los eventos y el presente para quien habla. Las distorsiones son siempre construcciones de significado. En este sentido, a las cosas que decía Bermani agregaría una observación del lingüista William Labov: es lingüísticamente imposible hacer una narración sin implicar una interpretación.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Aurelio Lepre, *Via Rasella. Leggenda e realtà della Resistenza a Roma*, Laterza, Bari, 1996.

<sup>10</sup> William Labov, “The Transformation of Experience in Narrative Syntax”, en *Language in the Inner City*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1972, pp. 354-96.

<sup>7</sup> *Biografia di una città*, cit., p. 248.

<sup>8</sup> Giovanni Contini, *La memoria divisa*, Rizzoli, Milano, 1997.

Entonces tenemos una doble triangulación: dos tiempos y la relación entre ellos; una serie de eventos y su relación con la persona que los relata. Por esto quien hace historia oral trabaja el triple: no sólo porque debe recorrer, trepar por calles y campos con el grabador al hombro, para encontrar las personas, registrar, transcribir, sino porque trabaja sobre tres planos: debe saber qué ha ocurrido. Debe saber que transcurrieron solo veintidós horas entre calle Rasella y las Fossas Ardeatinas y que, contrariamente a la memoria antipartisana difundida, los tedescos no pensaron siquiera hacer un comunicado proponiendo a los partisanos entregarse para evitar la represalia; luego debe saber que circula por Italia un relato hegemónico según el cual transcurre un tiempo variable entre los tres días y los seis meses, que los tedescos llenaron Roma de volantes y que aquellos cobardes de los comunistas no se presentaron; en fin, debe trabajar sobre la relación entre estos dos planos.

Esto se puede entender porque existen la dimensión del olvido y la selección. Como explican Lotman y Uspenskij, no hay memoria sin olvido<sup>11</sup>: no sólo porque la memoria tiene límites, sino porque la memoria humana no es como la de la computadora donde los datos se acumulan y quedan intactos, sino es como el procesador, que transforma los datos incesantemente, con un continuo descartar de materiales que no tienen sentido o que tienen demasiado para poder hablar de eso, para después rellenar los vacíos (a menudo inventando).

En este sentido, haré una nota al margen sobre el término "invención de la tradición". Encuentro muy interesante el libro de Hobsbawm y Ranger sobre la invención de la tradición<sup>12</sup>, pero un tanto ingenuo: con un toque de retórica del "desenmascaramiento" de las tradiciones inventadas deja espacio a la creencia sobre que pueden existir tradiciones que no lo son. Las tradiciones son todas inventadas: cada tradición se atribuye un hecho fundante inventándolo (la loba de Rómulo y Remo) o ampliando a posteriori un hecho efectivamente ocurrido (Pocahontas). La diferencia entre las tradiciones de las que se ocupan Hobsbawm y sus colaboradores y las anteriores es simplemente que puesto que éstas son tradiciones que nacieron en la época de la imprenta y de los archivos tenemos los datos para triangular entre la tradición como llega a nosotros

<sup>11</sup> Jurij M. Lotman y Boris A. Uspenskij, "Il meccanismo semiótico della cultura", en *Tipologia della cultura*, a cargo de Remo Faccani e Marzio Marzaduri, Bompiani, Milano, 1975, pp. 39-68.

<sup>12</sup> Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger, *L'invenzione della tradizione*, trad. it. de Enrico Basaglia, Einaudi, Torino, 1987.

y el hecho que está puesto al momento de su formación. Pero es ingenuo pensar que, una vez "desencantados" los orígenes, entonces has explicado y deconstruido todo: ¿de qué modo, como nunca, esta historia inventada (y no otra) deviene tradición? No todas las invenciones pueden hacerlo. Por esto si descubrimos que el kilt de los escoceses fue inventado por un industrial de la lana inglés del 1700, el trabajo recién ha comenzado: ¿por qué los escoceses los usaron? ¿Por qué han inventado las polleritas a cuadros antes que los pantalones a rayas, que hubiesen usado la misma lana? ¿Habrían funcionado del mismo modo? La tradición no es una memoria que se transmite, sino es una elaboración que ocurre; saber cómo fue inventado el kilt es muy importante, pero no significa que la tradición no sea "auténtica", esto es, no significa que no sea *una tradición*.

He visto un recorte, que a mi pesar no he conservado, del *New York Times* en el que se decía que cuando los antropólogos han explicado a los Maoríes que ciertas historias míticas sobre su llegada a Nueva Zelanda eran falsas, ellos respondieron diciendo: ahora son verdaderas. Una cultura fundada sobre la tradición sabe muy bien qué ha ocurrido: una superposición de significados y no una superposición de hechos.

La última triangulación de la que quiero hablar, brevemente es la que ocurre entre entrevistado y entrevistador. No tendremos nunca el mismo relato de una misma persona en dos momentos distintos, y mucho menos de dos personas distintas. El entrevistador es, en una medida no secundaria, también co-autor, y la entrevista es un hecho fascinante también desde el punto de vista teórico, justamente porque pone en discusión la idea de la autoridad del siglo XIX, de un texto fijo producto de un único autor: aquí tenemos un texto cambiante y es producto de, al menos, dos personas a la vez (por lo menos dos, porque en muchas culturas tradicionales, como en el caso de Alce Nero, el narrador está siempre acompañado de otras personas que verifican o integran el relato —que luego nos viene presentado bajo la forma de libro como si lo hubiese hecho una sola persona—).<sup>13</sup>

Esto implica algunas consecuencias. Según considero no existe una técnica de la entrevista. Cada entrevista apunta a cosas diferentes. Se pasa desde el micrófono televisivo que recibe la declaración de un político, en el cual claramente el entrevistado no le habla al entrevistador sino de-

<sup>13</sup> John J. Neihardt, a cargo de, *Black Elk Speaks*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1979 (ed. or. 1932).

<sup>14</sup> "Quien lee las preguntas las lee con voz apagada obviamente pensando en el otro; y después pasa automáticamente a la pregunta sucesiva, sin mostrar el mínimo interés

sarrolla un acto oratorio de masas hacia los telespectadores<sup>14</sup>, a la entrevista fuertemente dialógica, al intercambio interpersonal, al pequeño grupo de autoconciencia: todas formas legítimas, según qué cosa se está buscando hacer, y de la necesidad de contemplar exigencias diferentes. De este modo, si no es bueno enviar al ruedo a una persona que no sepa nada, también es igualmente malo enviar una que sepa demasiado, porque si el entrevistado se da cuenta de que tú ya sabes las respuestas a las preguntas que le haces, si se percata de que lo estás, si no tomando en broma, seguramente poniendo a prueba; la entrevista se desdibuja en un cuestionario o un interrogatorio. Es decir, no estás en la situación de aprender del entrevistado alguna cosa que no sabes, sino lo estás observando, al menos potencialmente, juzgando.

Esta es una distinción que me ha quedado muy clara en Kentucky. Cuando comenzaba a entrevistar a los mineros de los Apalaches, escuché decir: no vaya, allí a los sociólogos les disparan. Era una exageración, aun cuando una vez, efectivamente, fue asesinado un periodista de televisión canadiense. De cualquier modo, es verdad que las personas del lugar, como tantos otros por ahí, no aman ser “estudiadas”. Recuerdo haber comentado a una amiga, una poetisa que trabaja en las minas, qué raro que la gente era tan gentil y dispuesta conmigo, ella respondió: porque se ve a las claras que tu no sabes nada de estos temas, y por eso las personas están felices de ayudarte.<sup>15</sup> Es decir: sé bastante para entender y contextualizar aquello que me dicen; tengo bastante humildad y paciencia para aceptar no entender de inmediato (mi práctica personal, que no propongo totalmente como norma a imitar para otros, es hacer primero la entrevista y después examinar otras fuentes, orales o de archivo: a mí me interesa la entrevista, y el cruce con otras fuentes no es un modo de verificarla, sino de interpretarla). En última instancia, la idea es que uno no puede hacer un trabajo serio de entrevistas si no está motivado por un verdadero deseo de conocimiento, y no puede haber deseo de conocimiento partiendo de la idea que se sabe todo de antemano.

Luego existe un problema, si no de poder, al menos de status. Cuando hicimos una investigación de historia oral sobre los estudiantes de mi

por la respuesta que ha recibido”: Piero Ottone, “Annunciatori ad accento libero”, *Il Venerdì di Repubblica*, 17.11.2000, p. 46.

<sup>15</sup> Mildred Shackelford con A. Portelli, “Non ho mai avuto molto rispetto per l'autorità. La frontiera contemporanea”, *Acoma*, 10 (primavera 1997), pp. 29-46.

<sup>16</sup> Micaela Arcidiacono et al., *L'aeroplano e le stelle. Storia orale di una realtà studentesca*, Manifestolibri, Roma, 1995.

facultad durante el movimiento estudiantil de 1990 (llamado “la Pantera”)<sup>16</sup>, me di cuenta de que los estudiantes entrevistados hablaban con frecuencia más libremente cuando los entrevistaba yo, profesor, que cuando lo hacían sus pares, estudiantes ellos también. Advertimos que el problema era que les parecía ilógico que sus pares les preguntaran que había ocurrido durante la ocupación, cuando ellos también estaban y deberían haberlo sabido; en segundo lugar, más implícito pero perceptible: ¿quién te da el derecho de hacer las preguntas, de ponerte en el rol del entrevistador? No había entre nosotros suficiente diferencia, de roles y de experiencias. Hablando conmigo, por una parte me reconocían implícitamente como autoridad en tanto profesor también en aquel momento, por otra reconocían mi ignorancia y aprovechaban aquel experimento utópico de diferencia e igualdad que es la entrevista<sup>17</sup> (aún más al interior de la experiencia utópica de la ocupación) para decirme lo que pensaban que, como profesor, no podía saber y no podía entender. Por consiguiente se trata de encontrar el umbral en el cual el conocimiento general del entrevistador no vuelve superfluos los conocimientos introducidos por el entrevistado.

La otra técnica elemental creo que son los buenos modales: recordar siempre que estamos en el espacio y el tiempo de los otros. El entrevistador asesinado en Kentucky murió porque había entrado en la casa de una persona sin pedir permiso –y sin darse cuenta, porque tenía una definición culturalmente distinta de que cosa es “casa”: él entró en el jardín delante de la casa, que en la cultura urbana es un terreno medio entre lo público y lo privado, pero que en el Kentucky rural es propiedad privada y ya. Es necesario tener presente que estamos en casa de ellos, estamos usando su tiempo, recibiendo sus informaciones– y sobre todo que los buenos modales continúan también después, en el modo en que los representamos. Yo he entrevistado algunos fascistas, he hecho un libro antifascista pero me he sentido obligado a hacerlo de tal modo que los fascistas entrevistados no se sintieran insultados. Porque de algún modo me han hecho un favor.

Por esto, durante un tiempo les mandaba las desgrabaciones. Ahora bien, como sabemos por haber visto las nuestras, las desgrabaciones ponen los pelos de punta a la persona transcripta: pero realmente dije

<sup>17</sup> Remito a mi “Research as an Experiment in Equality”, in *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*, State University of New York Press, Albany, NY, 1991, pp. 29-44.

esto? Y les vienen deseos de revisarlas, corregirlas –en fin, arruinarlas–. Entonces recientemente he desarrollado otra estrategia, a la vez más correcta y más instrumental: les envío el casete. Por un lado, el casete es mejor, contiene más informaciones, permite transmitir a los descendientes una huella de la voz y por lo tanto de la persona. Por otro lado, es peor, porque en el casete las personas no son tentadas a intervenir, ya sea porque escuchándose se encuentran más naturales y plausibles que leyéndose, ya sea porque no necesariamente la vuelven a oír de modo crítico. En fin, si publico, envío primero el resumen de lo que publico; y en este caso, acepto (más bien negociándolo) las propuestas de cambio. A menudo las demandas de modificaciones derivan de exigencias imprevisibles: como la señora hebrea romana que, hablando del robo del oro del ghetto por parte de los nazis, comentaba ...“*sti zozzi trudici*”<sup>18</sup> –una bellísima expresión romana, que ella me ha pedido que saque porque su hijo es ingeniero y si supiera que su madre habla de este modo en dialecto habría perdido status. Yo no estoy de acuerdo con el hijo, pero ella está en su derecho. Por eso hemos hecho una larga negociación para encontrar términos aceptables para los dos.

Hablo de negociación porque en fin lo que sucede es que se encuentran dos personas con dos agendas, pero no necesariamente coinciden del todo. Gran parte de la riqueza de este trabajo está en el hecho que la agenda de la persona que relata te revela cosas que no te esperas, porque las cosas que *debe* saber no son necesariamente las que vas preguntando, y porque muchas veces la persona que te habla no sabe que ciertas cosas son *historia*, porque tienen una idea de historia todavía muy positivista. Entonces, un ejemplo. Decía antes que muchas de las cosas interesantes comienzan cuando la entrevista ha terminado, esto es cuando se cierra la fase formal de la narración “histórica” y se comienza a hablar de esto o aquello. Yo tiendo a tener el grabador abierto y gracias a esto he escuchado uno de los relatos más dolorosos e iluminadores de toda la investigación sobre las Fosas Ardeatinas.

Fue justamente cuando Ada Pignotti, la gran narradora que hace de hilo conductor al libro que cuenta desde toda la vida, termina el relato que se ha construido en el transcurso de los años; yo termino las preguntas que tenía en mente; y se habla de un modo informal. Ella me cuenta sobre las dificultades que tiene con la escasa pensión que recibe, recuerda cuanto trabajo le ha llevado obtenerla, cosas que me interesaban bastante

poco, hasta que comenta: y después, en cualquier parte que sea que estuviera, en las oficinas, en los puestos donde trabajaba, pensaban siempre que debía estar “a disposición de ellos”. Le pregunto ¿en qué sentido? Y ella: en el sentido que Usted piensa. Y se abre de par en par la experiencia de estas mujeres, jóvenes viudas de las Ardeatinas, que además de haber tenido sus maridos asesinados de ese modo, se llegan a encontrar también con una cosa que no tenía ni siquiera un nombre –hoy lo llamamos acoso sexual– y que no han pensado nunca que fuese “historia”. Porque era difícil hablarme, era una cosa privada, y además porque la historia termina con la masacre – y por el contrario la entrevista es importante también porque tiende siempre a alargar los términos del discurso, comienza siempre antes y termina siempre después.

<sup>18</sup> “Estos sucios delincuentes”.